

Cultura / arte

El arca del arte

JESUS LAZARO

La XV Feria Internacional de Arte Contemporáneo ha resultado, según lo esperado, un acontecimiento social. La abundancia de visitantes, sin embargo, no parece tener correlación con el número de ventas realizadas por las galerías, aunque este siempre es un tema de difícil planteamiento. Por otro lado, los espacios novedosos, centrados en las galerías alemanas invitadas y en la sección Cutting Edge, carecieron del tirón que se buscó al invitarlos.

EVIDENTEMENTE, es una forma bastante grosera de simplificar el espacio, pero, de una manera general, es posible considerar que cada pabellón pareció articular un modelo de oferta artística. El pabellón 5, más pequeño, albergaba la representación nacional invitada de este año, Alemania en ARCO, y tal vez por esa razón, porque las galerías allí situadas confiaban en el fuerte tirón de los potentes tedescos, era donde se encontraba el mayor número de consagrados. Por citar galerías de diferentes países con propuestas muy serias, mencionaré la británica Waddington con obras de Degas, de los minimalistas, de la transvanguardia y esculturas de Flanagan; la suiza Kaj Forsblom con neoexpresionistas alemanes; la norteamericana Pace Wildstein con espléndidos picassos, y la catalana Sala Gaspar con Clavé, Lucio Muñoz y dos interesantes jóvenes, M. Encuentra y G. Molinas, de prometedor futuro. Por la necesidad de vender da la impresión de que los galeristas están ampliando el concepto de contemporáneo en la Feria, y cada vez se presenta más obra de comienzos de siglo. A este ritmo pronto se entrará de lleno en el ámbito de los impresionistas, en perjuicio de una mayor muestra de la gente joven, o al menos, estrictamente contemporánea -ya que no coetánea- del visitante. Como telón de fondo a este buen nivel se hallaban unas decepcionantes galerías alemanas invitadas formando un bloque triste, con un tono casi de desaire para la feria. Un nivel de invitado digno sólo lo daban la galería Oben con M.Morgner y la Langenkamp con sus precisionistas, las demás parecían venir con bata

Un nivel de invitado digno sólo lo daban la galería Oben con M.Morgner y la Langenkamp con sus precisionistas, las demás parecían venir con bata



Juan Navarro Baldeweg. Noche, 1996. Litografía.

nueva sección, Cutting Edge, dedicada a galerías con arte joven. Aquí también se le caía a uno el alma a los pies. Renault les ayudaba con su comercial JASP, eso que sirve para vender cochecitos, pero no para originar arte. En este segundo bloque especialmente invitado, los artistas jóvenes demostraban dos cosas: que carecen de ideas y de habilidad con los materiales. Buscaban la singladura sencilla, embarcados en un neodadaísmo que derivaba hacia un neoconceptualismo sin sustancia -pues la insistencia en lo ya hecho hace medio siglo no es una idea.

La representación cántabra

En este pabellón dinámico se hallaban las galerías Silió y Siboney. Ayudada por su favorable ubicación en una esquina y por un meditado juego de paredes,

la Galería Siboney era una de las más concurridas. Su bien planteada oferta canalizaba adecuadamente al contemplador. En el exterior, unas esculturas de tres metros de altura, de Dis Berlín, atraían con sus torneados y alegres colores; un magnífico barniz de J. Gallego -uno de los triunfadores efectivos de este año-, pieza ya expuesta en el museo montañés de Bellas Artes, y las caras pintadas por X.Vázquez, eran el índice de un interior donde se acentuaba la presencia de Gallego con sus pigmentos que concretan las sensaciones evanescentes de la memoria. Junto a él, concitaron el interés los paisajes de González Sainz, cuya nitidez recordaba a los metafísicos, pero también apuntaba hacia el no-lugar de la sobremodernidad, una factura pequeña y reposada que alcanzó notable éxito de ventas.

La galería Silió, más cerrada por su ubicación, ofrecía un conjunto

bien ordenado que abría Martín Carral con sus maderas ya vistas en la Fundación Botín, basadas en la idea del círculo y del óvalo como fuerza generadora. Dentro se situaban los premiados cuerpos de C. Anzano, una suerte de escultopinturas; y los tableros fragmentados y constructivistas de Sánchez Calderón -de quien adquirió obra la Fundación Coca-Cola-, marcados con fuerza. Lo más llamativo era la obra de Ricardo Cavada, interesantes pinturas blancas que traslucían un fondo suprematista y daban sensación placentera. El galerista logró que el equilibrio compositivo dominara el pequeño recinto, de lo cual se beneficiaban las variadas propuestas que presentaba sin desentonar ni anularse.

Otros cántabros

El más presente, casi ubicuo, era Navarro Baldebeg, de quien tenían obra gráfica y óleos cua-